UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

República de Guatemala, Centro América.

CONTRIBUCION AL PROGRESO DE LA ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS MEDICAS EN GUATEMALA

TESIS

PRESENTADA A LA JUNTA DIRECTIVA DE LA
FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS
DE LA
UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
POR

JULIO SOLARES ECHEVERRIA

Ex-interno por oposición de los Servicios de Emergencia y Consulta Externa del Hospital General. Ex-interno de los Servicios: 2ª Medicina de Hombres, 3ª Cirugía de Hombres y Ginecología, Sección "B" del mismo Hospital. Ex-interno del Hospital de Tiquisate. Ex-miembro de la Junta Directiva de la Facultad de Ciencias Médicas. Ex-miembro del Consejo Superior Universitario. Ex-pro-secretario de la Directiva restauradora de La Juventud Médica. Ex-Presidente de La Juventud Médica.

EN EL ACTO DE SU INVESTIDURA DE

MEDICO Y CIRUJANO.

AGOSTO DE 1950

TIP. SÁNCHEZ & DE GUISE.
8ª Av. S. Nº 30.—Tel. 2707.
GUATEMALA, C. A.

INTRODUCCION

Al llegar a la culminación de mis estudios y tener que enfrentarme a la decisión impostergable de escoger un punto de Tesis, pesaron en mi espíritu dos posibilidades: la primera, siguiendo una norma establecida, elegir un tema científico; la segunda, decidirme por abordar un asunto de concepción personalista de tendencias socio-psicológicas, cuya importancia en el momento actual no debe desdeñarse, atendidas sus íntimas vinculaciones con el medio estudiantil y profesional, en el que hemos venido desenvolviéndonos y al cual continuaremos perteneciendo en lo sucesivo.

Inclinándome por la segunda alternativa, he querido hacer resaltar dos cosas fundamentales: procurar por que la Universidad señale nuevas pautas a las Tesis de licenciatura y exaltar en mis compañeros estudiantes el interés por abordar estudios sobre temas propios, que están reclamando su inmediata atención y en los cuales se tenga el valor y la sinceridad para puntualizar lo bueno consumado, lo malo que persiste y, finalmente, se planteen fórmulas prácticas capaces de contribuir a la resolución de tales problemas, basadas en nuestra íntima realidad y susceptibles de constituir, mañana, orientación y guía para los organismos y entidades interesados.

Ha sido costumbre, con escasas y honrosas excepciones, que se traten temas inéditos, desarrollar puntos intrascendentes con el afán de salir del paso en la forma más rápida y económica. A este respecto cabe llamar la atención de la Universidad hacia una mayor preocupación por el contenido de las Tesis y a que brinde más amplia y razonable ayuda económica para la publicación de aquéllas que en su concepto merezcan

des nacionales.

Son incontables los trabajos de este tipo cuyo interés se limita al propio sustentante. Y es interesante detenerse a reflexionar hoy, cuando todo tiende a la universalización de la cultura (papel primordial de la Universidad moderna), que cuando se es interesado y egoísta frente a los sagrados intereses de la Patria, más valiera no haber ambicionado pertenecer a la honrosa agrupación universitaria.

Finalmente cabe una última apreciación. Hasta en los últimos años, después de la autonomía, ha principiado a despertarse en Guatemala el espíritu universitario. Es desconcertante, y esto debe dar motivo a hondas meditaciones, que la mayoría de los egresados de nuestras escuelas facultativas, sólo ansíen el momento de liberarse de lo que ellos consideran la tutela de la Universidad y que una vez en posesión del ansiado título, con valiosas salvedades, no vuelvan a preocuparse jamás por lo que sucede en esa misma casa de estudios que les brindó lo mejor que podía, dentro de sus limitados recursos, para que pudieran salir avante en la lucha por la vida, poseedores de una honrosa y fructífera profesión. Eso no es espíritu universitario ni es nada. Y contra ello existen recursos y debiera organizarse una campaña de recuperación inteligente y bien intencionada.

Sea, pues, esta contribución, un exponente de gratitud y aprecio para la Universidad de San Carlos y especialmente para la Facultad de Ciencias Médicas; estaría recompensado mi esfuerzo si de ella pudiera entresacarse tan siquiera un mínimo útil aplicable en aras de un mejor cumplimiento de la trascendental misión que Guatemala les ha confiado.

Y sirva esta intención para excusar lo incompleto de la misma.

CONTRIBUCION AL PROGRESO DE LA ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS MEDICAS EN GUATEMALA

REMINISCENCIAS SOCIO-PSICOLOGICAS

Después del descubrimiento de la asepsia y antisepsia, en los albores de la Cirugía científica, los profesionales de la medicina, del tipo médico general, podían conceptuarse separados en dos categorías: la pléyade de ellos, siguiendo las normas de la escuela francesa, identificados con el médico de la familia, y del otro lado, los pocos que principiaban a deslindarse como operadores más que como médicos, y que en número limitadísimo eran amos y señores de las pocas intervenciones que se presentaban. El problema económico era mínimo. Las clínicas, casi todas bajo un tipo *standard* de dotación y con un equipo reducido, no requerían mayor esfuerzo. La lucha por la vida en aquel medio apacible tampoco constituía mayor problema. El número de médicos existentes bastaba para las necesidades de una población que en su mayoría sólo acudía al profesional dentro de la caridad hospitalaria. El médico ocupaba entonces un puesto, quizá el de mayores privilegios, dentro de una sociedad que le otorgaba poderes casi absolutos en la esfera de su salud y régimen sanitario. El médico cobraba y la gente pagaba. El costo de la vida y las exigencias de la vida social le permitían, si no labrar fortunas, sí mantener una posición altamente decorosa. La competencia se circunscribía al farmacéutico, al curandero,

pero en el seno de la profesión misma tal inquietud no existía como fuerza para el estímulo y la dedicación científica. Sus conocimientos se afianzaban en una sola escuela: la francesa. No existía, pues, esa vorágine, ese torbellino de ideas, de contradicciones, de teorías, de negaciones que norman la pauta del médico actual. Uno que otro sobresalía por sus conocimientos en ésta o aquella rama; uno que otro por la fortuna de poder realizar un viaje a Europa o por su audacia quirúrgica, y todos los restantes reconocían tácitamente dicha superioridad. Había, si se quiere, más sinceridad, más humildad, más placidez en el ejercicio profesional.

En el terreno estudiantil, los estudiantes de aquel entonces no tenían mucho dónde escoger. La Escuela se preocupaba en prepararlos lo mejor posible, según las condiciones y exigencias de la época. Las obras de estudio eran contadas y se sucedían y se prestaban o vendían de unas generaciones a otras sin que menguara su valor. Las posibilidades en literatura científica se limitaban a los libros franceses y quizá algunos alemanes o españoles, y los maestros se circunscribían, dede luego con excepciones, a enseñar y exigir lo mismo que aquéllos contenían.

En el plano social, el hecho de ser estudiante concedía la autorización tácita para llevar un género de vida sencillo, frugal podríamos decir, sin lujos de ninguna especie, y en el espiritual, otorgaba la prerrogativa para decir y hacer cuanto se viniera en gana sin provocar otra reacción que la dispensa inmediata por el simple hecho de "ser estudiante." El número de ellos, tan reducido, fomentaba los lazos de amistad y compañerismo; todos se conocían y quien más quien menos se auxiliaban mutuamente o gozaban de la paternidad de alguno de los viejos maestros. El estudiante generalmente "la pasaba" de poner inyecciones y efectuar otros pequeños tratamientos con la aquiescencia de los señores médicos.

El estudiante sabía que al final de sus estudios todo se limitaría a conseguirse los implementos para montar

una clínica médica, y lo demás quedaba subordinado al factor eventual de una mayor o menor clientela.

En el aspecto espiritual quizás imperaba más sentimiento de grupo, más sentido de solidaridad que hoy en día. Las manifestaciones políticas apenas de cuando en cuando dejaban entrever su influencia; la reacción a tales influencias siempre estuvo dispuesta a la defensa del honor y la libertad, cuando eran pisoteados brutalmente por la mano dura de los gobernantes.

El Estado se limitaba a medio mantener un cierto número de Facultades, pomposamente designadas como Universidad Nacional, pero a mantenerlas en una condición económicamente ridícula, desinteresándose inmediatamente de ellas en cuanto se refería a evolución espiritual y material.

Poco a poco las cosas van cambiando y ya después de la segunda década del siglo XX se inician los movimientos agitadores dentro de la Universidad, que claman por una mayor ingerencia de la Casa de Estudios en los asuntos públicos de la Nación; estudiantes y profesionales empiezan a contagiarse de los movimientos que convulsionan a las restantes Universidades de América Latina exigiendo una reforma integral no sólo en la misma Universidad sino, lo que es más hermoso, dentro del régimen político secular de nuestros pueblos. La respuesta de la fuerza contra el ideal no tarda en manifestarse, y desde entonces arranca la era de luchas continuas entre dos potencias, representadas la una por el atraso y la opresión que es la política, y la otra por ese anhelo de libertad y expansión espiritual, cultural y científica, que es la Universidad.

La Universidad salta así de sus límites restringidos de una minoría dedicada exclusivamente a sus preocupaciones profesionales, a una minoría también, pero identificada con el pueblo que aprende a conocerla bajo otra fase, obligándola a desenmascararse y a lanzarse desde entonces a una actividad incesante con altibajos de triunfos y derrotas que persiste en nuestros días.

Al gestarse esta nueva ideología, como es lógico, dentro de la Universidad misma principia a producirse la división en dos grupos: unos que se adaptan perfectamente a la situación imperante y otros que la combaten. La transformación social de la época crea también nuevas exigencias que unos pueden cumplir mejor que otros acentuando la divergencia.

En Medicina, el campo quirúrgico se amplía enormemente, sobre todo, después de la primera guerra mundial. La competencia se agudiza y por ende las rencillas entre colegas. Esta competencia profesional se refleja también en los grupos estudiantiles que actúan bajo su influencia.

La vida no es tan económica como antes y la lucha por la existencia es más intensa. La fiebre de los viajes al exterior se intensifica y quien vuelve de uno de ellos regresa al patrio solar con una aureola de que los más están desposeídos.

Principia la verdadera era de la aristocracia en Medicina. Los cirujanos pueden darse el lujo de cobrar altos honorarios y de saber que les serán cubiertos. Sólo el médico de familia conserva más o menos su tradicional sencillez.

El Estado se ve obligado a aumentar sus asignaciones, pues las Facultades han abierto los ojos y están pidiendo más y más para poder satisfacer su misión. La masa de nuestro pueblo busca con mayor ansia el Hospital y éstos se recargan de pacientes para bien de la enseñanza clínica pero en mengua de la asistencia.

Y así, avanzando poco a poco llegamos a la tercera década de nuestro siglo. En el horizonte de la enseñanza empieza a vislumbrarse una nueva Escuela que en muchos aspectos choca con nuestra clásica francesa: la anglo-sajona. El anhelo de aprender se infiltra continuamente en el espíritu de nuestros profesionales y se comunica a los estudiantes. La dotación de nuestras Escuelas es más que deficiente y se clama ininterrumpidamente por más y mejores elementos que el Estado

va concediendo a regañadientes. En la Escuela de Medicina esta ansia de progreso espiritual y científico llega a un clímax y se producen choques con las autoridades, auspiciados por los estudiantes, cuyo número es ya considerable. De todas estas convulsiones algo se gana, y nuestra Facultad principia a remozarse.

En esta forma llegamos hasta las agitaciones políticas del año 44, que liberan a la Universidad de la dependencia oprimente del Estado y le permiten concederse vida y dignidad propias. La enseñanza ya no reconoce trabas y se desborda. El estudiante llega incluso a sancionar a sus mismos profesores, juzgándolos imparcialmente para decidir acerca de sus capacidades de docencia y en muchos casos de moralidad. Pasado ese período de rebalse, las cosas se van ordenando, los espíritus se apaciguan y entramos en la última fase del proceso: nuestra actual realidad médica.

NUESTRA ESCUELA Y LA MEDICINA EN LA ACTUALIDAD

La segunda guerra mundial abrió nuevos e insospechados campos a toda clase de actividades, pero tal vez en ninguna como en Medicina.

El dominio de la enseñanza momentáneamente pasó de Francia a los Estados Unidos, hacia donde polarizaron las inquietudes de los profesionales de América.

Durante la guerra las becas ofrecidas se multiplicaron, lo que aumentó la afluencia de nuestros profesionales jóvenes a Norte América.

La escuela inglesa también emprendió extenso movimiento de conquista hacia nuestra América, y en América misma Argentina alcanzó una madurez científica insospechada. Pasada la contienda, Francia y otras naciones de Europa han vuelto a interesar a los espíritus inquietos de nuestros médicos, aunque ya no con el fanatismo de antaño, y así tenemos que hoy por

hoy nuestra enseñanza es ecléctica, asimilando lo mejor de cada país. La gran convulsión, pues, que agitó al mundo, en Medicina como en muchos órdenes, liberó a la ciencia de barreras que por siglos la mantuvieron aherrojada en verdaderos monopolios del conocimiento, permitiendo a éste difundirse por todo el orbe, sin oposiciones ni intransigencias, sin distingos de nacionalidad o raza.

Esa libertad de conciencia en Medicina, esa reforma, podríamos llamarla, al inyectar nueva vida en nuestra Escuela y profesión, ha labrado en ambas una huella imperecedera. Nuestra Facultad ha preparado médicos que luego han seguido estudios superiores en los Estados Unidos, Francia, Italia, Argentina, México y otros países, los cuales están impartiendo ya a las nuevas generaciones estudiantiles.

En lo material el empuje renovacionista ha continuado aparejado al espiritual y científico y las nuevas dotaciones en equipo para Laboratorios, Anfiteatros, Bibliotecas, etc., así lo confirman. No era posible substraerse por más tiempo al tiempo. Pero ese progreso tiene sus exigencias. Para el profesional de hoy la vida es una serie continua de apremios económico-sociales que tiene que atender so pena de convertirse en un desadaptado. El costo de la vida aumenta continuamente. Además, las nuevas tendencias sociales dentro de la Medicina le han restado muchas fuentes de ingresos o por lo menos en proporción, teniendo que asimilarse a esas condiciones. El médico ha pasado de la categoría de un sér privilegiado a la más sencilla pero quizá más humana, de un simple miembro de la comunidad que realiza para ésta una función importante pero que, al igual que recibe gran parte de ella, se ve obligado a restituir siquiera en poco los beneficios obtenidos. Es absurdo pretender volver al pasado. Lo único que queda al profesional, la fuerza de que aun dispone, es mantenerse inteligentemente unido para obtener el máximo honesto de beneficios en recompensa

por su trabajo eminentemente humanitario que día a día le toca cumplir. Esto no quiere decir tampoco, que admita, como algunos ignorantes lo pretenden, que se transforme en un simple empleado a sueldo, pues el ejercicio de la medicina para que sea fructífero exige de amplia independencia económica y espiritual que impulse el deseo de aprender, de estudiar, de superarse.

Al unísono de esa transformación profesional, el núcleo estudiantil también evolucionaba. Durante la guerra y la crisis política interna, la solidaridad estudiantil se afianzó. Conseguidos los fines primordiales de toda esa lucha, los distintos grupos se dispersaron para dedicarse por entero a la consolidación de sus más caras esperanzas y anhelos dentro de un marco eminentemente universitario. Sin embargo, posteriormente parece que, de nuevo, vientos extraños vuelven a soplar en la Universidad. Roguemos por que los espíritus no se agiten demasiado y que las pasiones políticas se depositen en el umbral de las escuelas facultativas, pues de no ser así corremos el riesgo de perder cuanto se ha ganado.

Claro está, que siempre que algo amenace con empañar las conquistas logradas a costa de tanto esfuerzo, el pendón universitario se alce orgulloso para defenderlas; pero pasado el peligro, el lugar del estudiante, más del estudiante de Medicina, está en sus aulas y hospitales. Tampoco queremos significar que se desentienda por completo de los problemas nacionales; ello sería como traicionar a la Patria. Pero también recordemos que, como mejor se cumple con el deber hacia el país es ejerciendo con devoción aquello para lo que se está destinado en el conjunto armonioso de la nacionalidad. No es preciso convertirse en orador de barriada para ser llamado patriota; tan patriota es el investigador, el hombre de ciencia, que en la modestia y el silencio de un laboratorio trata de perfeccionarse para bien de la comunidad, como el guerrero que empuña el fusil. Tenemos en Cuba un ejemplo cercano

de lo que puede hacer la política interesada y prostituída de una Universidad. Se está clamando por una depuración universitaria y son los mismos estudiantes honrados quienes están esforzándose por expulsar a los audaces y oportunistas. Entre nosotros, la masa consciente del mundo universitario debe compactarse y defenderse ante la intromisión de bloques de tendencias disociadoras que pretenden romper la unidad estudiantil, baluarte y símbolo que ha hecho posibles los grandes movimientos de los últimos años.

Clamemos por que el estudiante en las horas que se avecinan, no olvide su papel de universitario y de guatemalteco.

Desde el punto de vista económico-social la realidad estudiantil también es distinta. Al abrirse hacia todos los puntos las puertas de la enseñanza médica, nuestros estudiantes inquietos se agitaron y tampoco se conformaron con los viejos textos, con las obras clásicas, y corrieron a las bibliotecas y librerías en demanda de nuevas luces. Hoy se nutre el estudiante en los tratados más modernos de Europa y América; no vacila en sacrificar sus modestos recursos en aras del conocimiento. Las bibliotecas estudiantiles de hoy contrastan asombrosamente con las de hace quince años.

Pero esa ansia por saber se traduce en inquietud económica. Los antiguos recursos de nuestros estudiantes: inyecciones, etc., se alejan cada vez más a medida que se multiplican las consultas gratuitas. Prácticamente, con pocas excepciones, toda su esperanza se cifra en los pequeños salarios de los internados hospitalarios y consultorios gratuitos, para los cursantes de los últimos años. Para provecho de la asistencia es lógico que así sea, pero desde luego para los intereses estudiantiles, no. La vida social del universitario es más intensa y exigente. El gasto en libros, útiles para prácticas, también. Por esto, se despierta muy temprano en ellos un afán por adquirir cierta solvencia económica que les permita, sobre todo, a los más

necesitados, alcanzar la altura y el lugar que otros con mejor suerte han obtenido, gracias, precisamente, a lo que aquéllos no poseen. Tiene esto la ventaja de actuar de acicate para la propia superación. Pero también es desfavorable pues hace que el estudiante se apresure a cualquier costa hasta obtener su título, sacrificando tal vez un exceso de internado que siempre será poco, a fin de salvar esa inferioridad económica. Muchas veces hemos escuchado apreciaciones favorables para esa carrera loca que ciertos estudiantes emprenden hasta obtener el codiciado título, dentro del límite justo que la Facultad les exige. Pero no podemos comprenderlas ni mucho menos elogiarlas, ya que en nuestra carrera cualquier tiempo que se prolongue el ejercicio de una práctica, redundará en bien para el propio estudiante y para su profesión.

En el aspecto espiritual ha ocurrido un fenómeno que merece nuestra atención. A partir del resurgimiento de La Juventud Médica en 1942, y antes, durante las fiestas centenarias de la Facultad, el movimiento estudiantil dentro y fuera de la Escuela adquirió un auge insospechado. Se realizaron concursos literarios y científicos; series de conferencias científicas dictadas por maestros nacionales y extranjeros; se auspició la venida de eminencias médicas de otros lugares; se dictaron programas de divulgación científico-cultural por medio de la radio y, en fin, se participó en múltiples aspectos de la vida cultural, sanitaria y cívica, hasta culminar con la celebración del Primer Congreso Médico Mexicano-Guatemalteco celebrado en la Ciudad de México en Abril de 1946.

Posteriormente se continuó bajo el mismo ritmo de dinamicidad en todas las esferas, contando con el valioso apoyo de profesionales y autoridades universitarias. Pero últimamente una ola de indiferencia y apatía parece haberse adueñado de los espíritus estudiantiles. Las asociaciones permanecen estáticas; poco se hace; poco se mueve. Parece como si todo lo que un día se tuvo en mente ya estuviera cumplido y nuestra

Patria fuera el Edén que no sabe de problemas, cuando más está clamando por nuestra atención en lo sanitario, en lo cultural, en lo asistencial. Nos parece a nosotros que la actividad estudiantil en los muy diversos campos en que es capaz de actuar y en los que debe actuar por un imperativo nacional categórico, es de suma importancia para toda la masa de nuestro pueblo, por cuanto ella puede prestar su valiosa colaboración a múltiples manifestaciones en que por razones obvias los profesionales carecen de la suficiente libertad para moverse, como siempre ha sucedido. Siempre han sido los estudiantes los más inquietos y quienes han llegado a revolucionar muchas cosas, situaciones de que toda la nacionalidad ha de aprovecharse luego en la sucesión lógica y justa de toda conmoción espiritual. Es por ello que insistimos tanto sobre este aspecto; es por ello que queremos despertar el interés de las autoridades universitarias para que, estimulándola, impulsándola, logren reanimar esa fuerza siempre oportuna, siempre generosa y siempre constructiva como lo ha sido eternamente la efervescencia estudiantil.

Hechas las consideraciones anteriores, indispensables para la mejor comprensión del objeto fundamental del presente ensayo, pasaremos a tratar de las distintas cuestiones que nos hemos propuesto, haciendo la salvedad, sin embargo, de que bien pudiera suceder que algunas de ellas estuvieran mereciendo ya la atención de nuestras autoridades. Pero salvando esa elogiosa coincidencia, ello no obsta para hacerlas constar aquí a fin de recalcar en el ánimo estudiantil su importancia y trascendencia. El orden de nuestra exposición será el siguiente:

I.—*De la eficiencia útil de la Facultad.*
II.—*De la psicología del estudio.*
III.—*Del problema económico del estudiante.*
IV.—*De la educación integral del estudiante.*
V.—*Del plan de estudios.*
VI.—*Del bienestar estudiantil.*

I.—DE LA EFICIENCIA ÚTIL DE LA FACULTAD

Nuestras facultades, dedicadas a la enseñanza de las ciencias aplicadas, confrontan el grave problema del equipo disponible para uso de profesores y alumnos, de acuerdo con las exigencias determinadas por el número siempre creciente de los últimos. En la Facultad de Medicina, año con año viene aumentando el número de cursantes que acuden a las múltiples prácticas de anfiteatros y laboratorios. Año con año también, hemos venido comprobando los esfuerzos de las autoridades por mejorar y aumentar dichas dotaciones, pero el problema persiste porque el número de inscritos sobrepasa con mucho a la máxima ampliación que puede conseguirse con los recursos limitados de que se dispone. Por ejemplo, en lo que respecta a la enseñanza de la Anatomía, asignatura fundamental en nuestros estudios, el elemento primordial es el cadáver. Si seis estudiantes, pongamos por caso, se destinan a uno solo de los cadáveres disponibles, el número de preparaciones que cada cual podrá realizar durante el ciclo, será mayor y por ende los conocimientos adquiridos también, que si en vez de seis fueran diez los cursantes, y mucho menos en el caso de ser quince. Y lo mismo digamos del uso de microscopios, mesas, etc. Hay que tomar también en cuenta al profesorado. No es justo exigirle idéntico rendimiento al catedrático que mantiene un curso de veinte estudiantes que a quien mantiene uno de cincuenta o cien. La consecuencia lógica de todo esto es que se sacrifica la calidad a la suma de la enseñanza. No faltará quien diga que es ir contra la cultura tratar de limitar el número de quienes aspiran a poseerla; como criterio utilitario estaría bien. Pero con el espíritu universitario con que deben abordarse estos problemas, quizá constituya una herejía. El hecho de que un estudiante asista a sus clases y prácticas no quiere decir en modo alguno que ese muchacho sea en verdad una promesa, por muy aplicado

que fuera, si carece de la vocación, de la observación, de la intuición, tan necesarias al médico. Y es lógico y prudente que la Facultad trate de proteger y protegerse a sí misma, concediendo un cúmulo de facilidades a quienes demuestren mejor preparación general y comprueben ser terreno fértil para el aprendizaje de la difícil ciencia.

Se ha dicho que Guatemala atraviesa una crisis de médicos; que las exigencias determinadas por la ampliación de los servicios de Seguro Social son apremiantes, y que si la Facultad no satisface esa necesidad, tendrá que contemplarse la importación de médicos extranjeros. Del dicho al hecho hay una gran distancia. Es cierto que nos faltan médicos. Pero, ¿qué es más de desearse? ¿que nos pongamos a sacar profesionales a montones o que reduzcamos el número satisfaciendo un mínimo justo de calidad? No creemos que exista un solo guatemalteco inteligente en desacuerdo con la segunda contingencia. Referente a la venida de médicos de otros países, no sólo dicha medida sería altamente lesiva a los intereses de nuestro gremio, sino que es difícil trasplantar el número requerido de ellos asimilable a nuestro ambiente. Para el Estado o para el I.G.S.S. ello sería muy oneroso; y hay más: ¿quién sería capaz de garantizar a la ciudadanía guatemalteca la idoneidad de dichos galenos? Y es que al fin y al cabo es ella la que en última instancia saldría favorecida o perjudicada con dicha inmigración. No creemos en la urgencia inmediata de multiplicar el número de nuestros médicos. Por mucho que se restringiera el ingreso, en forma adecuada y sensata, las promociones egresadas siempre serán lo suficientemente numerosas para ir cubriendo las nuevas exigencias. Por otra parte, el I.G.S.S. ha ido ampliando sus prestaciones en forma gradual y consciente, por lo que nos negamos a creer en la posibilidad de tal emergencia.

Debemos oponernos a toda costa a que el estudiante sacrifique prácticas, internados, etc., al logro de su

graduación profesional. En la meticulosidad, en la honradez con que ellas se practiquen, está vislumbrándose la ética moral del futuro profesional. Y no siempre los más estudiosos han sido los mejores profesionales.

Pasamos ahora a proponer un medio de selección estudiantil con miras a obtener un mejor *standard* profesional.

En primer lugar opinamos por que, previo estudio cuidadoso, realizado año con año por las autoridades de la Escuela, de acuerdo con las posibilidades económicas de extensión de sus equipos, al finalizar el ciclo lectivo se dé a conocer públicamente el número de cursantes que podrán ingresar para el siguiente. Una vez recibidas las solicitudes de ingreso, calificadas las credenciales, etc., sugerimos se practique un examen de admisión para seleccionar el número de aspirantes convenido. Con esto no se está dañando ningún interés ni segando un futuro profesional, pues mal podría pretenderlo quien no ha contraído aún nexo alguno con la Facultad. Inclusive, quien de los rechazados, verdaderamente poseyera vocación para la Medicina, en el curso de un año podría prepararse mejor para la misma prueba en el siguiente.

Este examen, llamémoslo vocacional, además de versar sobre ciertas materias básicas en el estudio de cualquiera de las carreras que imparte la Universidad, comprendería un examen más atento, más profundo, dirigido por especialistas en la materia y que tendería al análisis de la personalidad del aspirante. Tratar de conocer sus aptitudes, su agilidad mental, sus fundamentos morales. Interpretar su opinión con respecto a problemas de interés general, que nos permitan formarnos una idea acerca de sus reacciones frente a posibles contingencias que tendrá que enfrentar más tarde.

Por ejemplo, conocer sus impresiones de colegial y estudiante de secundaria; sus ideas acerca de la Universidad; cuáles son los motivos que lo indujeron a ser

universitario primero y estudiante de Medicina después; qué opina de las necesidades asistenciales de nuestro pueblo, etc., etc. Querríamos, en suma, apreciar no sólo su inteligencia natural sino también su grado de cultura. Tal vez vendría a ser este examen la primera etapa en un esfuerzo por implantar en toda la Universidad más tarde, al igual que se está haciendo en muchos países, el Servicio de Orientación Profesional, que no se limita a estudiar las aptitudes del sujeto sino que, hecho trascendental, al descubrir sus inclinaciones lo conduce por la senda en que más probabilidades tiene de triunfar, evitando así que por fracasar en una actividad para la cual no era apto, pueda desempeñarse en otra y no caer después en la triste situación de un derrotado.

El estudio de la personalidad científica y humana de los nuevos estudiantes debería seguirse con atención por catedráticos y autoridades durante el primer año de estudios, estando advertido el interesado, de que en cualquier instante de este primer año o al final del mismo, la Facultad se reserva el derecho de cancelar su matrícula antes de que transcurra más tiempo y el daño para ambos pueda ser irreparable.

Como en muchas Universidades avanzadas, debe legislarse en el sentido que quien pierda dos años consecutivos el mismo grado o cuatro veces el mismo curso, automáticamente quedará excluído de la Facultad. Y podemos exigirlo porque la Universidad es gratuita. Nos consta que algunas de las proposiciones precedentes no son nuevas en la idea; que incluso algunas se han planteado por la Escuela al Consejo Superior. Pero opinamos también que cuando se tiene fe en la bondad de un propósito, debe lucharse con tesón hasta el final.

Nuestras anteriores proposiciones contemplan solamente llenar eso que llamamos "la eficiencia útil de la Facultad", o sea la Facultad en misión de preparar profesionales con mínimo eficiente de conocimientos

para seguridad de la salud de nuestros compatriotas. Ojalá que en algo contribuyan para aliviar el duro problema que se confronta. Depuremos la Universidad: demos preferencia a la calidad sobre la masa.

II.—DE LA PSICOLOGIA DEL ESTUDIO

Cuando en 1948 tuvimos en La Juventud Médica el privilegio de escuchar la convincente y autorizada palabra del doctor Mira y López, este ilustre conferenciante se refirió a lo que llamó "La Psico-Higiene del Estudio." Enfocó el problema desde varios ángulos, llegando a concluir que aquí, como en la mayoría de nuestros pueblos, el estudiante no tiene noción de lo que realmente es estudiar. Y llegó también a otra conclusión: muchos calificados de malos estudiantes en realidad no son sino el producto de un desequilibrio entre sus facultades potenciales y la extrañeza del medio en que insisten en moverse. Y recomendaba a las autoridades universitarias entenderse más directamente del problema vocacional, de orientar al estudiante según sus aptitudes, para evitarle la amargura de un fracaso.

En este caso no es justo olvidar tan sabias apreciaciones tendientes a forjar una cepa de estudiantes más depurada, una clase profesional más preparada y, finalmente, perseguir que el sujeto que llega deslumbrado a la Universidad, que busca quién lo guíe dentro de un ambiente extraño, pueda sentirse respaldado, alentado en sus generosos propósitos y para que no le ocurra lo que a tantos que por falta de esa voz orientadora han tenido que labrarse su propio camino, solos y desconfiados, malgastando inútilmente energías que de haberse volcado en buena hora hacia su verdadero destino le hubieran facilitado la ruta correcta.

Algo de esto hemos pretendido en la primera parte de este trabajo al señalar la importancia del examen vocacional. Pero más tarde esa finalidad debe completarse. El doctor Mira señalaba la imperiosa necesidad

de los profesores universitarios para desterrar de los estudiantes la nefasta costumbre adquirida desde la edad escolar al encerrarse en sí mismos para estudiar, para auto-engañarse en el desempeño de la trascendental función del estudio. Es, desde luego, tarea ardua desterrar un mal hábito contraído desde hace largo tiempo. Pero por algo ha de empezarse y desde los primeros años debe combatirse ese arraigo.

Para ello proponía la práctica de seminarios en la discusión de los distintos puntos del estudio y esto creemos que con un poco de buena voluntad de los señores catedráticos, sería relativamente fácil de ensayarse en nuestra escuela.

No nos referimos al sistema de conferencias; no nos referimos al arcaico sistema de tomar lecciones. Queremos significar algo que acerca mucho más al maestro con el discípulo, que el maestro estudie al mismo tiempo que el discípulo.

Supongamos que el maestro ha señalado para discutir tal día "La fisiología del músculo." Los alumnos han consultado previamente sus textos. Entre todos principia la discusión sobre la materia; alguien expone lo que aprendió; otro rebate o complementa lo dicho por el anterior. El profesor, que ocupa un asiento entre los alumnos, escucha, amplía, explica, ilustra. Y en esta forma tenemos la convicción de que al final de una hora de mesa redonda, todos, maestro y alumnos, habrán ganado mucho más que con los viejos métodos. Se gana no sólo en conocimientos sobre el asunto a discusión; se aprende a discutir; se pierde el miedo, que es innato, a la discusión científica entre principiantes. El maestro a su vez, puede aquilatar mejor la agilidad mental, la viveza de las réplicas, la inteligencia natural de sus discípulos. Al principio es obvio que habrá de proceder con cautela, tal vez uno o dos seminarios a la semana. Pero, estamos convencidos de que después todos encontrarán en este método, cuando se practique con interés y responsabilidad, una fuente inagotable de curiosidad, de ilustración, de amenidad.

Con relación a los Comités Asesores para estudiantes, como funcionan en muchas escuelas norteamericanas y europeas, creemos que su creación no encuentre mayores objeciones. Estos consejos se integran con el número adecuado de profesionales que se estime oportuno según la promoción anual de ingresados a la Facultad.

Cada profesor tendrá a su cargo determinado número de estudiantes. Llevará el récord completo de cada quien en cuanto a punteos de exámenes, asistencia, dedicación, moralidad, costumbres, vida universitaria, etc. Velará por que se cumplan los requisitos relacionados con la lucha médica (vacunaciones, etc.) Pero su principal papel lo cumplirá como mentor del estudiante en cuanto a selección de obras de texto y de consulta, discusión de problemas médicos incomprendidos o mal interpretados, etc. Estudiando la psicología de su protegido podrá descubrir en él complejos, actitudes morales que paulatinamente puedan ir siendo desplazadas y, finalmente, podrá constituir un elemento de incalculable valor como confidente en cuestiones de índole ajena a los estudios propiamente, a la vida íntima del estudiante que se sentirá protegido en todos sus actos por la Universidad misma.

Desde luego, estos consejeros serán nombrados y actuarán bajo la supervigilancia de un organismo superior designado por la Facultad, el cual se encargará de mantener al día los archivos correspondientes y de poner a la disposición de aquéllos cuanto puede serles de utilidad en el desempeño de su misión.

III.—DEL PROBLEMA ECONOMICO DEL ESTUDIANTE

Debemos sentar una premisa: en principio el estudiante es pobre. Las excepciones no cuentan. Se dirá que la Universidad es gratuita y así es en cuanto a estudios se refiere. Pero, colocándonos en la realidad de la vida, una gran mayoría tiene que preocuparse por

obtener recursos adecuados para su sostenimiento y el de sus familias. En esto, claro está, la Universidad no puede intervenir. Pero sí puede ser factor de mucha ayuda en múltiples detalles, como veremos más adelante, reduciendo o aboliendo pesadas cargas que gravitan sobre el estudiante, algunas no indispensables y otras totalmente superfluas. Aunque todas éstas pesan en los últimos años de la carrera, la preocupación para cuando ese momento llegue, principia a inquietar mucho antes de lo que parece y constituiría por lo menos un alivio moral poder desentenderse de ellas y enfocar toda la atención a los problemas del diario presente.

El actual Decano de la Escuela, desde hace algunos años, ha puesto en práctica un ensayo por el cual todos los estudiantes contribuyen mensualmente y de manera voluntaria, con una suma módica que se invierte en las exigencias de la Facultad. Con dicha suma se han construído auditoriums y enriquecido la biblioteca. Es algo de que podemos enorgullecernos y que debería imitarse. Pero, visto su éxito, podría tal vez obtenerse a sus expensas ventajas positivas tanto para el estudiante como para la Escuela.

La Facultad entrega mensualmente el monto de dicha contribución a la Tesorería Universitaria. Estos fondos quedan desde luego a la disposición exclusiva de la Facultad para que haga de ellos el uso que crea conveniente. En resumidas cuentas, bien pudiera decirse que la Universidad negocia con tales créditos, por pequeños que sean, en beneficio de los mismos contribuyentes. Nosotros queremos sugerir si no sería posible que la Universidad, generalizando este sistema a todas sus Facultades, no estaría en posibilidad de ir acumulando de sus propias entradas un fondo especial destinado a restituir al estudiante, al final de su carrera, la suma con que ha contribuído a lo largo de varios años. El problema de los gastos de graduación se asegura en dicha forma y la Universidad habrá cumplido una misión de simpatía y trascendencia. Sería, si se

quiere llamarlo así, una forma de ahorro estudiantil. Quizá se arguya que la Universidad bien pudiera no estar en aptitud de solvencia suficiente para encargarse de tal empresa. Sin embargo, parte de sus obligaciones sería procurarse nuevas rentas y para el efecto de lo que proponemos insinuamos la gestión ante el Estado, para que se autorice por tiempo indefinido la emisión de una estampilla postal universitaria, cuyo producto se destinaría primordialmente a cubrir las necesidades del ahorro y lo sobrante para las necesidades mismas de la Universidad. Es justo que la masa ciudadana que recibe todo el provecho de la función universitaria contribuya con tan mínima parte a su progreso y ensanchamiento. No es ni edificante ni decoroso que la máxima entidad cultural de la Nación viva únicamente de las rentas que produce el alcohol. Cuánto más ejemplar y productivo sería el caso en que dispusiéramos de algunos bienes, tales como fincas, etc. Nos tocó ya subscribir una petición de tal género al más alto organismo del Estado, que, desde luego, no mereció ninguna aprobación. Parece como si, en el fondo, existiera el propósito de restringir la actividad universitaria mediante la supeditación económica, principal barrera de la completa autonomía.

IV.—DE LA EDUCACION INTEGRAL DEL ESTUDIANTE

Es creencia muy difundida que el estudiante y después el profesional, por el simple hecho de serlo, poseen un acervo cultural de primer orden, y, aunque así debía ser, nada hay más lejos de la verdad. Todos conocemos multitud de integrantes de ambas categorías cuyos conocimientos se inician y terminan en los propios de su carrera. Son renuentes a la participación y ejercicio de toda actividad cultural distinta de su profesión. Piensan que con ello, al entregar cuanto poseen a la disciplina de sus afanes, llegarán a igualarse o a sobre-

salir entre los mejores. Se olvidan de que para sobresalir no se requiere sólo aplicación: hay que tener madera para ello. Existen, porque existen, estudiantes que ni tan siquiera saben leer el periódico y por lo mismo son incapaces hasta de discutir temas de su propia localidad. Se olvidan que la cultura da flexibilidad, brinda distinción, vuelve más ágil el pensamiento. Y se olvidan también de que la inmensa mayoría de los grandes maestros han sido hombres de exquisita cultura. La cultura no riñe con nada ni con nadie. Y aquel que posea el privilegio de poder llamarse un hombre culto, indiscutiblemente estará en aptitud muy superior para triunfar en cualquiera actividad que se proponga.

Desde luego, forjar la cultura integral del estudiante es empresa muy por encima de lo que puede hacer la Universidad. Se ha dicho que la cultura se mama. En parte es verdad; pero también lo es que una persona de la más humilde, de la más rústica cuna, puede llegar con el tiempo, mediante la observación, el estudio, la imitación y la inteligencia, a poder considerarse una persona de cultura. Lo que corresponde a la Universidad es aportar su contribución para ampliar el círculo de conocimientos de sus estudiantes más allá de las disciplinas científicas puras. Y puede aún más. Estimulándolos para que se dediquen a ciertas manifestaciones del espíritu, como musicales, literarias, etc., estará haciendo cultura. Favoreciendo la realización de conciertos, concursos literarios, etc., estará haciendo cultura. Impulsando a las asociaciones estudiantiles en sus tareas extra-aulas, como sociales y de toda índole, estará haciendo cultura. Los estudiantes de Medicina han dado pruebas suficientes de poder dedicarse con el mayor de los éxitos a dichas prácticas, ajenas a sus obligaciones estdiantiles. Todos quisiéramos interesar a nuestros estudiantes en el cultivo de múltiples actividades humanísticas pero sabemos que no es posible. Corresponde entonces a nuestra Escuela

brindarles la ocasión de incorporar a su cultura un mínimo de adquisiciones íntimamente vinculadas, más que con sus estudios actuales, con su futuro de profesionales.

Colocados en dicha trayectoria opinamos por que en los dos primeros años de la carrera se incluyan en calidad de cursos de asistencia obligatoria, los de inglés y francés, idiomas que dominan la bibliografía médica y que más tarde les serán de suma utilidad. Tenemos que reconocer a las actuales autoridades facultativas su preocupación por esto mismo hace algunos años; en tal oportunidad se dictaron cursillos extra-cátedras sobre ambos idiomas, pero con el inconveniente de su carácter voluntario. El resultado de tan generoso esfuerzo fue el que era de esperarse; porque tenemos el vicio de no conceder interés sino a aquellas cuestiones a las que se nos obliga en alguna forma.

En el nuevo plan de estudios se reimplantó el curso de Historia de la Medicina. Conocemos el programa del mismo, que se sirve con bastante amplitud, pero a su respecto queremos insistir en un punto que nos parece atinada y factible sugerencia.

No podemos imaginarnos que un profesional guatemalteco de la Medicina ignore, exponiendo tristemente ante los extraños a la Facultad de que procede, que ignore, decimos, quiénes fueron o qué hicieron los viejos maestros de nuestra ciencia; qué historia tiene en su haber el hospital donde trabaja; qué aportaciones ha dado a la Medicina mundial la Facultad de que es miembro. Es por ello, que insistimos en que se incorpore preeminentemente en el programa de estudios una sección de Medicina Nacional.

Queremos también sugerir algo en relación al curso de Medicina Social que atinadamente se ha introducido en nuestros estudios. Y queremos insistir por dos motivos: para recalcar en el ánimo del estudiante la importancia y trascendencia de dicho curso y para dejar constancia, en nombre de la generación en que

nos tocó actuar, de las circunstancias adversas en que se encontraba cuando principiaron a infiltrarse en nuestro país las ideas sobre Seguridad Social, proponiendo finalmente algunas modificaciones o, mejor dicho, innovaciones en el programa vigente.

El curso de Medicina Social lógicamente debe situarse en los últimos años, cuando el estudiante se está preparando a enfrentarse a la dura realidad de la lucha por la vida.

Los tiempos y los sistemas se han transformado; aquello que, incluso para nosotros al empezar nuestros estudios, no pasaba más allá de habladurías y utopías, se ha convertido en una realidad. Los regímenes de asistencia o seguridad social, se están implantando en todas partes con mayor o menor fuerza y entre nosotros con ímpetu considerable. Nos tocó representar a los estudiantes de Ciencias Médicas en los días de dura lucha entre dos intereses opuestos: los profesionales que se resistían a la implantación de un régimen de seguridad social en Guatemala y quienes lo impulsaban aceptándolo como exponente de humanidad y progreso. En aquellos días ambas partes se acercaron a nosotros; y hay que decir la verdad: ni nosotros ni ellos estábamos preparados para discutir profundamente el asunto. Sólo sabíamos de los sistemas de seguridad lo que aquí pretendía establecerse y lo que era tremendo fracaso en los pueblos vecinos. Pero estudios conscientes y pensados, ilustraciones de una realidad triunfante en otras partes, ni los conocíamos ni se pusieron a nuestro alcance, y por ello, el aporte estudiantil que pudo significar una fuerza de peso en la mejor solución de cuanto se planeaba, constituyó desde el comienzo una negación. El pueblo, quizá por instinto, ansiaba y aclamaba un régimen de tal naturaleza que viniera a liberarlo de múltiples cargas que milenariamente lo habían apabullado. Desde luego, es aún muy pronto para decidir si tenía razón o no en sus impulsos. Pero nosotros nunca debimos oponernos a ese anhelo popu-

lar; antes bien, debimos haber ofrecido una colaboración más consciente para el mejor éxito de la empresa.

Lo que hemos dicho de los estudiantes podemos repetirlo de los profesionales; se hallaban desorientados y sus explicaciones acerca de cuánto se pretendía de ellos, hacia dónde iban los médicos, qué se proponían los médicos, sólo arrojaban más tinieblas dentro de la confusión. El resultado cristalizó en el triunfo de los sostenedores de la idea y en la negativa para la profesión médica a obtener mayor ingerencia en el régimen que se avecinaba. Hoy el Instituto es una realidad, y ciego sería quien osara impugnarlo. Pero así y todo, en nuestra Guatemala de hoy, lo que falta por hacerse en materia de asistencia social supera en mucho a lo que ya se ha conseguido.

El estudiante de hoy día debe saber lo que se entiende por asistencia social; debe preocuparse por ahondar en esos sistemas. Debe saber lo que le espera cuando la Facultad le abra sus puertas. Debe ponerse más en contacto con la realidad nacional para mejor servir a su pueblo si le corresponde ejercer la noble profesión de médico. Y debe conocer, finalmente, lo malo de dichos sistemas; los peligros al acecho que pudieran socavar su libertad e independencia.

El curso de Medicina Social debe contener cuanto se relacione con dichos regímenes, en particular con el nuestro. Pero no debe limitarse a la exposición teórica de los puntos esenciales. Es necesario completar esa enseñanza con la exposición objetiva en el terreno mismo. Que se muestre al estudiante la miseria alimenticia del pueblo; su miseria urbana; su miseria social. Que se expongan los vicios y las lacras y se propongan remedios salvadores. Que conozcan la realidad de nuestros Hospitales y Asilos; que se relacionen con cuanto sea guarderías, dispensarios, gotas de leche, etc., a fin de que el día que vean sus ojos la luz profesional, no vacile, ebrio de confusión como nos tocó a nosotros, entre lo que es bueno, lo que es malo y lo que es farsa odiosa que pretende encubrirse con el manto de la hipocresía.

V.—DEL PLAN DE ESTUDIOS

Muchos, muchísimos planes de estudio han regido en nuestra Escuela. Sólo a nosotros nos tocó participar de tres de ellos, todos con grandes analogías, ya que es sumamente difícil introducir innovaciones revolucionarias en un medio que carece del personal idóneo en número suficiente, del equipo adecuado, del material estudiantil, etc., y en el cual todas estas condiciones precarias han de estar adaptadas al espíritu de nuestra raza.

En los primeros días de Junio del 44, los estudiantes de Medicina presentamos a las autoridades universitarias un pliego de peticiones para que se estudiaran e implantaran en bien del progreso de la Facultad. Sucesos posteriores de índole política postergaron su aplicación. Pero después de la autonomía, las nuevas autoridades consideraron justas y ecuánimes nuestras pretensiones, y en el nuevo plan de estudios (el que rige actualmente), se contemplaron y realizaron todas ellas.

El plan actual, que podríamos llamar de transición entre una era pretérita y la época moderna, adaptado a nuestras necesidades y posibilidades, ecléctico entre las dos escuelas en disputa, es indiscutiblemente superior a los anteriores. Pero en el rápido avance de la Medicina en el siglo presente, ningún plan puede ni debe permanecer estático, y así observamos día con día la urgencia de introducirle modificaciones y señalarle nuevos derroteros.

Nos consta que la Decanatura de la Facultad ha dirigido múltiples exhortaciones a los profesionales de la misma para que aporten sus conocimientos y sus experiencias en la elaboración de un nuevo plan más de acuerdo con sus ideales de perfeccionamiento. Y nos consta también que dichas apelaciones, aunque hechas con la mejor buena fe, apenas han encontrado eco entre quienes son los más llamados a colaborar estrechamente con las autoridades de su Escuela en asunto de

tantísima responsabilidad. Y es que cuando se trata de señalar defectos, de censurar alguna cosa, sobran las opiniones. Pero cuando al mismo tiempo se adquieren compromisos, ya la cosa no es tan sencilla. Por eso queremos sugerir a las autoridades de la Escuela la conveniencia de celebrar en fecha próxima una Asamblea de profesores, con representantes del Colegio Médico y asociaciones profesionales, para discutir las momodificaciones susceptibles de introducirse al plan en vigor. A esta Asamblea podrían concurrir representantes de las asociaciones estudiantiles en carácter de observadores, con derecho a voz en las discusiones, pero sin voto. Entendemos que procediendo en esta forma, al ejercerse una función deliberativa y por ende democrática, tendiente al progreso de la Facultad, todos absolutamente, aun los más descontentos con el plan actual, tendrían la oportunidad para manifestar pública y honradamente sus motivos para mantener dicha oposición y para proponer sus propias ideas.

Existen en la estructura de nuestros estudios universitarios ciertas lacras, ciertos vicios cuyo origen viene desde muy atrás, desde la escuela primaria y secundaria. Y hay otra cosa. El ideal de un plan de estudios moderno, tiene como fundamento sólido lo que en otros países constituye la escuela pre-universitaria. Es decir, que antes de someterse a los requisitos exigidos para el ingreso a la Universidad misma, el aspirante ha debido cumplir satisfactoriamente cierto número de cursos escolares que se imparten en la segunda enseñanza. Como dichos estudios son en parte vocacionales, tenemos aquí otra seguridad acerca del futuro rendimiento del estudiante en la Facultad que ha elegido y tenemos también, en cierta forma, un medio más de selección. Pero, para llegar a tan feliz resultado, es indispensable armonizar los estudios de segunda enseñanza con los estudios universitarios. Ojalá ello pudiera lograrse algún día en nuestra Patria. Y es por esto que agregamos a nuestra sugerencia, que en la Asamblea a que nos referimos antes, estén representadas las

autoridades de Educación Pública para ir contemplando modificaciones a la Ley de Educación con miras a alcanzar dicho objetivo.

En el ínterin, muy ajenos a enjuiciar el plan en vigor, nos referiremos a varios aspectos del mismo que consideramos de urgente revisión y nos permitiremos al mismo tiempo proponer la introducción de nuevos temas.

Nuestra aportación estará dividida en los siguientes cuatro puntos:

Primero.

El plan actual señala siete años de estudio y uno de internado. Consideramos preferible fijar el período escolar en cinco o seis años y destinar los otros dos o tres para la práctica exclusiva de un internado obligatorio en los hospitales, debiendo realizarse los exámenes generales al final del último año de internado. Insistimos en esto porque por experiencia sabemos, y los señores profesionales son los primeros testigos de ello, que un año de internado es insuficiente para obtener el mínimo de conocimientos prácticos que la Escuela está obligada a dar a sus estudiantes. Y porque con esta distribución quedan completamente separados los dos grandes períodos del estudio médico: el escolar que transcurre en las aulas, anfiteatros y laboratorios, y el clínico, que es de competencia exclusiva de las salas de hospital.

Segundo.

Este punto a que nos referimos fue aprobado en principio por las autoridades facultativas, pero ignoramos por qué causas, quizá económicas, nunca se ha puesto en práctica. Nos referimos al arcaico y teórico sistema de la enseñanza de la Higiene. Consideramos que para la ejecución de este proyecto deberían contri-

buir, a la par que la Universidad, el Ministerio de Asistencia, la Dirección de Sanidad y el mismo Instituto de Seguridad Social. Vendría a ser el complemento práctico del último párrafo del Artículo 4º. Contemplamos aquí el estudio de la Higiene sobre el terreno. Que el estudiante no lea en obras extranjeras, por ejemplo, la purificación de aguas: que vaya y vea con sus propios ojos lo que se hace en Guatemala. Que conozca la suciedad y miseria de las habitaciones urbanas y rurales; que aprenda cómo se dedetiza una población, etc., etc. Guatemala está clamando por más médicos higienistas y no es imaginable la existencia de esta clase de profesionales sin un conocimiento sólido y real del medio en que van a significarse. Si somos los llamados a desempeñar un papel social de tanta trascendencia, ¿cómo es que no conocemos los lugares donde el tifus es endémico? ¿Cómo no conocer aquellos otros en que la realidad palúdica diezma a nuestra población? ¿Cómo no conocer la vida en los confines del Petén? Eso es hacer patria. Eso es acercarse al corazón del pueblo.

Tercero.

Existe en nuestra carrera un curso al que la Facultad venía concediéndole escasa atención y los estudiantes no menos escasa simpatía. Nos referimos a la Psiquiatría. Una y otra situaciones tenían su razón de ser. La Escuela confrontaba la escasez de personal entrenado en dicha materia, y los estudiantes la aridez de un curso esencialmente teórico, recargado y difícil. Además se agregaba la parte de psicología pura refundida en los mismos estudios.

En los últimos años las cosas han cambiado. En primer lugar, la Escuela, comprendiendo la importancia de los estudios psiquiátricos, les ha concedido su máxima atención. El curso de Psicología se enseña en

los primeros años. Con esto, la parte puramente psiquiátrica ha quedado comprendiendo: Psiquiatría general y especial; Higiene Psíquica y Psico-Análisis. Se ha convertido así de un tema abstracto a otro de concepción objetiva íntimamente ligado al enfermo como es la Clínica Psiquiátrica. El personal especializado ha aumentado también, aunque no en cantidad suficiente. Todo esto ha despertado el interés de los estudiantes, que hoy cumplen un período intensivo de tres meses en el Hospital Neuro-Psiquiátrico.

Pero nunca está de más insistir ante el estudiante de Medicina acerca de lo que es la Psiquiatría en la época moderna. En todas las escuelas médicas del mundo, en los últimos años la enseñanza de la Psiquiatría ha adquirido un carácter y una supremacía considerables. Y es natural que así sea. Incluso para el especialista más especializado, los conocimientos psiquiátricos son indispensables. La Psiquiatría ya no es la ciencia de los locos. Es la ciencia de todos. La agitación de la vida moderna con sus innumerables catástrofes y sinsabores nos ha colocado a todos, quien más, quien menos, dentro de los limbos de lo psiquiátrico. Se comprende entonces el lugar al que se le ha elevado.

Intimamente vinculado con el anterior hay otro aspecto que consideramos fundamental en la estructuración de una nueva escuela médica guatemalteca. Quizá su lugar no corresponda a la estrechez de un plan de estudios porque sus alcances son mucho más amplios, pero lo tratamos así, a sabiendas, por su interrelación con las otras facetas de la Psiquiatría.

En los últimos años, en la mayoría de Facultades del Nuevo Continente ha entrado el concepto de Medicina Psico-somática. Este concepto supone ya una revolución en la apreciación anterior del hombre enfermo. Afirma su fe en la indivisibilidad del hombre como soma y como psiquis y espíritu. Identifica así la lesión

orgánica con la manifestación psíquica y viceversa y pone en las manos de todos los médicos, cualquiera que sea su especialización, recursos terapéuticos insospechados.

El mismo doctor Mira nos decía que en la evolución moderna de las cosas la medicina Psico-somática está dominando en todas las ramas de la Medicina, pero que para introducir en la mente de todos los médicos este nuevo concepto, se precisaba, además de una simple cátedra en la Escuela, de la organización de Centros de Estudio de Medicina Psico-somática en las cuales estuvieran representadas las distintas ramas de la Medicina. Entendemos que nuestra Escuela ha hecho estudios para la enseñanza de esta disciplina; ojalá que esas intenciones puedan cristalizar en hechos para que mañana no se diga que pertenecemos a una Escuela atrasada sino que, antes bien, estamos proponiéndonos encauzar los estudios médicos por la senda del progreso y la renovación.

Cuarto.

Ya nos referimos acerca del problema económico del estudiante. Sabemos que muchos de los gastos a que les obliga la disciplina facultativa son demasiado onerosos para todos y aprovecharemos para referirnos sucintamente a uno de los principales desde tal punto de vista.

Nos referimos al acto de graduación. Este acontecimiento puede considerarse dividido en mitades. En la primera, de carácter personal e íntimo, la Facultad recibe en su seno a un nuevo miembro y éste se presenta ante sus familiares y amigos como tal. Es lo que llamamos el examen general público, que generalmente llega acompañado de un sinnúmero de gastos más o menos fuertes. En la segunda parte, la Facultad presenta oficialmente a la sociedad un nuevo colaborador útil:

es el acto de adjudicación de diplomas. Atendiendo a los gastos que implica el primero de ellos, muchas opiniones se inclinan por su supresión y otras lo defienden en atención al aspecto familiar y de íntima satisfacción que presupone. Corresponde entonces al Consejo Superior Universitario sopesar ambas opiniones para decidirse por una de ellas. Lo único que deseamos indicar es que si la toga se ha impuesto como el traje de ceremonia universitario, ¿por qué no se autoriza su uso desde este examen? Se evita así uno de los gastos fuertes del mismo y se le brinda más uniformidad, más solemnidad. A nuestro entender, cada nuevo profesional debería poseer su toga personal, ya que nos imaginamos que no será ésta ni la primera ni la última vez en su vida universitaria que deba portar tal indumentaria.

Con respecto a las Tesis de licenciatura, muchas de ellas elaboradas por salir del paso, sin interés ni aun para el mismo sustentante, se obliga a presentarlas impresas, en número de treinta ejemplares para la Facultad, y el resto, a voluntad, para distribución personal. Esto representa un recargo económico que, sumado a los otros gastos, en muchas ocasiones retrasa innecesariamente a los estudiantes hasta sentirse en condiciones de efectuar dicha erogación.

Nosotros proponemos que todas las Tesis se presenten escritas a máquina, bajo un número determinado de copias, las cuales se entregarán a la Decanatura de la Facultad. Que ésta seleccione periódicamente entre las correspondientes a cada ciclo, aquéllas cuyo conocimiento y divulgación, tanto en el país como en el extranjero, sean de interés y constituyan motivo de prestigio y orgullo para la Universidad. En tales casos, que la impresión corra por cuenta de la imprenta universitaria en su totalidad o por mitad con el estudiante como estímulo a sus esfuerzos. El resto de las Tesis no seleccionadas siempre quedarían archivadas en la Facultad.

VI.—DEL BIENESTAR ESTUDIANTIL

Cuando este trabajo se hallaba concluído tuvimos oportunidad y, ¿por qué no decirlo?, una satisfacción muy honda, de saber que sin ningún conocimiento habíamos coincidido con un grupo de universitarios en la planificación de la protección médica estudiantil.

Durante todos los años que pasamos en la Universidad, este aspecto, quizá el más fundamental del bienestar estudiantil, preocupó a nuestro espíritu. Y por eso, porque hoy es casi una realidad, consideramos un deber de nuestra parte referirnos someramente a lo que ha sido hasta hoy dicha protección y por qué los compañeros universitarios deben considerarse de plácemes.

En todos los tiempos ha sido un verdadero problema, más para el estudiante pobre, el mantenimiento de su salud. Estas consideraciones las particularizaremos para el estudiante de Medicina por cuanto estamos enfocando su personalidad, pero son perfectamente extensivas a los cursantes de todas las Facultades.

En los primeros años de la carrera, cuando no se conoce sino a unos cuantos profesores, el problema es aún más serio; y el estudiante de Medicina queda limitado a sus propios recursos en casos de enfermedad. Más tarde se puede contar con la benevolencia personal de algunos médicos en ciertos casos; en otros la atención se presta con la devoción y el cariño que imponen las tradiciones médicas, y en otros, afortunadamente los menos, el estudiante queda desamparado. Y esto no es justo. No es justo ni que el futuro profe-

sional se atenga a la caridad ni que gravite en la atmósfera de la amistad para ganarse asistencia médica. Y si esto pasa con los estudiantes de Medicina, calcúlese ¡qué no pasará con los compañeros de otras facultades!

En su mayoría no le queda ni el recurso del I.G.S.S., ya que las disciplinas escolares, de las que no debe apartársele en ningún momento, se oponen a que pueda contratar medios de subsistencia.

En el proyecto que actualmente se estudia, se contempla la asistencia médico-quirúrgica para todos los universitarios a un costo anual ínfimo, a pesar de la magnitud que pueda significar dicha asistencia.

Con esto el estudiante se ahorrará innúmeros gastos, privaciones y fatigas y es ahí donde deben intervenir las asociaciones estudiantiles para instruir a sus miembros en el esfuerzo y el cariño que dicha empresa representa para despertar en ellos sentimientos de responsabilidad y honradez frente a cuanto pueda ofrecerles aquella fórmula de seguro médico.

Nos ha tocado ver entre estudiantes y profesionales, a víctimas del tifus, de la tifoidea, de la tuberculosis, adquiridas en el contacto diario con los enfermos. Creemos que las autoridades deben instituir la vacunación obligatoria contra las más temibles plagas capaces de infundirse en los organismos estudiantiles y que restan así muchas mentes y brazos que tanta falta hacen en la diaria labor cotra la enfermedad y la muerte.

Finalmente, para llegar a obtener el máximo de beneficio estudiantil es imprescindible la estrecha colaboración entre las autoridades y las organizaciones estudiantiles. Unas y otras deben consultarse sus problemas, discutirlos y tratar de solucionarlos. La Universidad por su parte, y en nuestro caso la Facultad de

Medicina, debiera mantener informados a estudiantes y médicos de todo el país de sus resoluciones, de sus proyectos, etc., por medio de boletines, para recibir sugerencias y críticas. Dentro del espíritu de amplitud, de democracia, que debe reinar en la Universidad, están fuera de lugar los orgullos, las suficiencias, las mezquindades y las rencillas. Todos convergemos hacia un mismo punto, cual es el bien de nuestra colectividad, y hacia ello deben enfocarse todas nuestras voluntades.

Los estudiantes, por su parte, deben prestar una colaboración más efectiva, sabiendo apreciar y estimar cuanto la Universidad pone a sus alcances para propio provecho. Todo esfuerzo que la Universidad se proponga será inútil si se choca contra la indisciplina, la indiferencia, la mala voluntad. El estudiante debe preocuparse por respetar y querer a su Escuela.

Terminamos haciendo votos por que de todo lo anterior, estudiantes, profesionales y nuestra querida Escuela, puedan extractar algo favorable a su bienestar, a su progreso científico, a su prestigio y, por encima de todo, a la honra y grandeza de nuestra Patria. Y porque las asociaciones estudiantiles y particularmente La Juventud Médica, a cuyo servicio pusimos lo mejor de nuestra juventud, sepan mantener su postura digna y progresista para su propia gloria y la del Alma Máter.

CONCLUSIONES

1º—Conviene seleccionar el ingreso a la Facultad (examen vocacional, revisión de expedientes y cancelación de matrículas); conviene estudiar la implantación de un Servicio de Orientación Profesional.

2º—Es urgente establecer los Seminarios Estudiantiles como función del estudio; es perfectamente practicable la organización de Consejos Asesores Estudiantiles.

3º—Conviene regular y generalizar las contribuciones estudiantiles voluntarias; a sus expensas debe estudiarse una forma de ahorro estudiantil.

4º—La Universidad debe estimular a las asociaciones estudiantiles en sus manifestaciones culturales; es necesario establecer los cursos de Inglés y Francés con carácter obligatorio; es imperativo agregarle al curso de Historia de la Medicina una sección de Medicina Nacional; Es necesario completar la parte teórica del Curso de Medicina Social con la apreciación objetiva de nuestra realidad asistencial.

5º—Recomendamos a la Facultad convocar a una Asamblea General de Profesores y Alumnos para introducir reformas en el actual plan de estudios; que se invite a dicha Asamblea a representantes de Educación Pública para discutir la posibilidad de refor-

mar los estudios de segunda enseñanza; conviene separar el período escolar del período de internado hospitalario; es urgente transformar la enseñanza de la Higiene; conviene la creación de un Centro de Estudios de Medicina Psico-somática; es conveniente reglamentar la publicación de las Tesis de licenciatura.

6º—Debe llevarse a su realización el proyecto de asistencia médica universitaria; urge establecer la vacunación obligatoria; conviene estrechar la colaboración entre Universidad y asociaciones estudiantiles.

JULIO SOLARES ECHEVERRÍA.

Vº Bº,

DR. RAÚL RODRÍGUEZ PADILLA.

Imprímase,

DR. C. M. GUZMÁN,
Decano.